

Márquez: un universo idílico

José Antonio Rodríguez

Cuarenta fotografías dan cuenta de un hecho escasamente difundido en la fotografía de desnudo en México. Cuarenta imágenes de las cuales apenas unas cuantas comienzan hoy a conocerse. Cuarenta fotos de desnudo masculino hechas en un periodo aproximado de 1930 a 1945. Caso raro en el recuento de nuestra historia de las imágenes fotográficas.

Hacia finales de los setenta, el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México —bajo la dirección del historiador y crítico de arte Jorge Alberto Manrique, y a instancias de éste—, adquiriría casi ocho mil quinientos negativos del archivo del fotógrafo Luis Márquez, provenientes de la familia; entre estos, cuarenta placas de nitrato de 5 x 7 pulgadas que erigían diversas alegorías sobre el cuerpo masculino. Poco se sospechaba de un trabajo de esta naturaleza en la producción de Márquez. Sus datos externos poco hablaban de un ejercicio así.

Después de una estancia en Cuba desde 1914, Márquez regresa a México en 1921.¹ Aquí continúa sus estudios de fotografía durante varios años en el taller de foto de la Dirección de Educación Pública, y es a mediados de 1930 cuando comienza a mostrar, de manera personal, toda una esforzada representación mexicanista, muy acorde con un arte nacional que vivía su gran momento, con todo y que el fotógrafo exaltaba en demasía un *folklore* tipificador, esquemático, idílico sobre México.² A esto debió contribuir la presencia, decisiva en México y en el trabajo de Márquez, de Sergei Eisenstein. De su cercana relación con éste,³ Márquez retoma el contrapicado y los encuadres centrados en los rostros que le otorgan a sus escenas y personajes una nobleza exaltada. Es significativo cómo, en las páginas de *Nuestro México* (donde Márquez es uno de los más relevantes colaboradores), se llega a entrelazar el trabajo de ambos, a principios de la década de los treinta.

Márquez continúa, en sus acomodadas escenas nacionalistas, una tradición de los tipos mexicanos, para entonces ya añeja, aunque ahora matizada con un atavío festivo, enaltecedor de una raza indígena (aunque, en ocasiones, quienes llegaban a vestir los lujosos y limpios ropajes no tenían nada que ver con ninguna etnia). Una mirada que se maravilla de antemano y reelabora la escena: registra rostros ensoñadores, orgullosos, que miran hacia arriba y en lontananza, escenas idílicas de parejas salidas del fotograma cinematográfico, rostros de tehuanas de forzada inocencia, mujeres jóvenes en apacibles jardines interiores o contritas ante un cristo,⁴ y escasamente una pose o una mirada retadora. Todo ello contribuirá a construir un escenario positivista, que tiene sus inmediatas raíces en la fotografía hecha durante el Porfiriato, en donde los sujetos parecen vivir en el mejor de los mundos posibles, y desde luego, también en la comedia ranchera, en su aproximación idílica de lo campirano. En las imágenes de Márquez, el sentido social se elimina —el dramatismo de Eisenstein ya no tiene cabida— para dar paso a una iconografía escultórica e idealista.

Durante los años treinta, Márquez vive su gran momento. Si, precisamente, en 1930 realiza la que debió haber sido su primera exposición individual, a principios de 1932 también lo hará en Hollywood.⁵ Durante esa década colabora con sus imágenes en diversas publicaciones como *Mapa, México Al Día* o *Revista de Revistas*. Incursiona fugazmente en una fotografía modernista que se acerca a la construcción geométrica.⁶ Sus imágenes aparecerán invariablemente en libros que edifican un costumbrismo nacionalista a tono con *A Treasury of Mexican Folkways* de Francés Toor (Nueva York, 1947), o *Lindas tierras de México* de Salomay Lauderdale Harrison (Boston, 1944), hasta que, en 1950, edita, tanto en inglés como en español, el que llegó a ser su primer y mejor libro *Folklore mexicano. 100 fotografías de Luis Márquez* (Eugenio Fischgrund, editor).⁷

¿Dónde se ubican, entonces, estos desnudos no difundidos en su época dentro de esa extensa obra de un imaginario nacionalista? Márquez es un fotógrafo que continúa esquemas gráficos con sus respectivas variantes idealistas (algunos desnudos femeninos, pertenecientes a otro grupo de dieciocho, los

realiza en poses similares a las de sus retratos costumbristas y aun con rebozos enmarcando el cuerpo). En ese sentido, Márquez también responde en sus desnudos masculinos a una iconografía preestablecida. Continúa una tradición fotográfica que viene desde el siglo XIX. G. Marconi (activo entre 1862 y 1874) provee a los profesores de la clase de anatomía de la Escuela de Bellas Artes, en Francia, de fotografías con modelos masculinos como recurso referencial para la práctica académica de la pintura. El sustento de Marconi, a su vez, son los cuerpos representados en la pintura histórica que domina la pintura de academia. Él reelabora sus escenificaciones de antiguos lienzos (por ejemplo, Caín y Abel, 1550-1553, del Tintoretto). Al “largo dominio que une la gracia a la seducción erótica” del desnudo femenino, “él lleva frecuentemente a escena los cuerpos masculinos, en donde privilegia la expresión de la energía”.⁸ Y esa retroalimentación será parte de una tradición también en Márquez. [...]

Notas

1. *El México de Luis Márquez*, Mobil Oil de México, 1978.
2. "La exposición de Márquez". *Nuestra Ciudad*. Julio de 1930, 33-34 pp.
3. Próspero Mirador. "Luz de Eisenstein en el ojo de México", *Revista de Revistas*, 17 de enero de 1932, 47-48 pp.
4. José Gorostiza. "Estampas mexicanas", en *Nuestro México*, marzo de 1932, 6-7 pp.
5. *Ibíd.*, p.7.
6. "Estudios fotográficos de Luis Márquez". *Nuestro México*, agosto de 1932, p. 15; y "Estudios fotográficos de Márquez", *ibíd*, octubre de 1932, p. 19.
7. Véase también *Danzas de México*, Colección Anáhuac de Arte Mexicano, vol. 22, 1948.
8. Sylviane de Decker Heftler, "Le nu Photographique. Art impur/Art realiste". *Photographies*, diciembre de 1984, p. 60.

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 11. Intolerancia México*, Centro de la Imagen/Conaculta, 1997.